

4) “... a imagen y semejanza de Dios”

Si, como he subrayado en los últimos Capítulos, el hombre es un misterio porque solamente la referencia a Dios le da sentido y significado, es a Dios a quien debemos preguntar para saber “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?”.

Allí donde Dios se expresa, allí donde Dios se manifiesta, es donde debemos mirar, donde debemos buscar, porque es allí donde encontramos la luz sobre el hombre. Todo el sentido del hombre, todo el sentido de nuestra humanidad nos viene de Dios, porque el hombre en su totalidad viene de Dios. Incluso la pregunta “¿Quién soy yo?” no puede plantársela el hombre a sí mismo: debe plantársela a Dios. Si se la plantea a sí mismo, es una pregunta en vano, una pregunta sin posibilidad de respuesta. Naturalmente, la Palabra de Dios está inscrita también en cada uno de nosotros, en nuestro corazón, en nuestra inteligencia, y también en nuestro cuerpo. Dios habla en cada una de sus criaturas, porque cada criatura es eco de la Palabra creadora de Dios, es una objetivación del pensamiento de Dios. Pero en la Escritura, Dios hace patente el hecho de que es Él el que habla, es Él el que expresa personalmente todo lo que existe. En la Escritura, el nombre del Remitente de la Palabra escrita en toda la creación está escrito en el reverso del sobre, y esto permite comprender mejor lo que Él nos escribe, lo que él nos dice.

Cuando recibo una carta, es difícil entender lo que se me escribe hasta que no me doy cuenta de la identidad de aquel que me interpela. Esto se da también en cuanto a la importancia del mensaje. Si sobre el reverso del sobre leyese “Papa Francisco”, y todavía más si estuviese escrito a mano, es evidente que abriría la carta y la leería con un poco más de atención y de emoción que si hubiese leído “Padre Meinrado”...

El hombre es un mensaje cuyo remitente es Dios en persona. Pero el primer destinatario del mensaje es el mensaje mismo, es el hombre, cada uno personalmente. Y por esto, cada hombre es también un mensaje para el otro, para su prójimo, para todos los hombres de la tierra. Dios nos dice al hombre, a cada hombre, a nosotros mismos y a todos los demás. Escuchar el misterio del hombre, profundizarlo, significa escuchar a Dios.

Pero en la economía de la Revelación hebraico-cristiana, se nos da, con el mensaje-hombre, la palabra de Dios sobre el hombre que es entonces como una explicación que acompaña al don, que acompaña al mensaje cifrado que es el hombre. En el fondo, con respecto al hombre, como con respecto a Dios, la Biblia es una exégesis. Normalmente se hace la exégesis de la Biblia, pero en realidad es la Biblia la que es una exégesis de Dios, del hombre y de toda la realidad. La palabra de Dios nos expone, interpreta, el misterio del hombre.

Por lo tanto es útil preguntarnos quién es el hombre en el relato de la creación del libro del Génesis. El modo más sencillo es el de extraer de este relato una especie de lista de temas sobre este argumento que podremos después utilizar para entender la imagen del hombre en la Regla de san Benito. Pienso que veremos como, en el fondo, Benito no hará otra cosa que crear un lugar de vida en el que cada monje y monja es llamado y acompañado a vivir su humanidad en su

verdad, la verdad sobre el hombre que Dios ha revelado especialmente en el relato del Génesis.

¿Quién es el hombre en el Génesis?

El hombre es hecho por Dios, por un Dios que se expresa en plural, el Dios que sabemos es Trinidad. Él está hecho a imagen de este Dios, a su semejanza: “Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gén 1,26).

¿Qué significa ser imagen y semejanza de Dios? En primer lugar, que el hombre está llamado a *dominar*, a ejercitar una autoridad que Dios le transmite: “domine sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo, sobre las bestias, sobre los animales salvajes y sobre todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra” (v. 26). Por lo tanto, el hombre es creado desde el primer momento en una total dependencia con respecto a Dios, porque Dios lo hace, le da el ser, pero, dentro de esta dependencia, Dios le transmite una dignidad suprema, un espacio de corresponsabilidad con Él. El hombre es creado dependiente y al mismo tiempo dominante. Este es un aspecto importante que tenemos que tener en cuenta para comprender la Regla de san Benito, donde las dos dimensiones del servicio y de la autoridad, de la obediencia y de la responsabilidad, están siempre presentes e interactúan.

Pero continúa el relato de la creación: “Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó” (v. 27).

Hombre y mujer, macho y hembra. ¿Qué significa esto en una comunidad monástica? Tendremos que preguntárselo en relación a la consecuencia de aquel aspecto de la naturaleza humana que es la fecundidad. El libro del Génesis, en efecto, continúa así: “Dios los bendijo y les dijo: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre todo ser viviente que se arrastra sobre la tierra»” (v. 28).

Se subraya aquí que, después de dar al hombre y a la mujer la orden y la vocación de la fecundidad para llenar la tierra con su propia descendencia, Él les revela el mandato de dominar sobre todos los animales concebidos en su pensamiento antes de su creación.

Después viene la cuestión alimentaria: “Dios les dijo: «he aquí que os doy toda hierba que produce semilla sobre la tierra y todo árbol con su fruto, que produce semilla: ellos serán vuestro alimento»” (v. 29). Solamente después del diluvio el hombre recibirá el permiso de comer la carne de los animales (Gén 9,3).

El primer relato de la creación del hombre termina con la mirada complaciente de Dios sobre el hombre que Él acaba de crear y sobre el descanso del sábado: “Y vio Dios todo cuanto había hecho y vio que era bueno. Pasó un día, pasó una mañana: el sexto día. Esos fueron los orígenes del cielo y la tierra, cuando fueron creados. El día en que hizo Yahveh Dios la tierra y el cielo” (Gén 1,31-2,3). Volveremos a encontrar esta verdad en la Regla cuando san Benito exprese su respeto por cada hombre (“Honrar a todos los hombres”, RB 4,8), pero también en el hecho de estructurar cada semana de la vida de la comunidad a partir del centro “sabático” del domingo.